

ESTEBAN RECIO. A. y GONZÁLEZ LÓPEZ, M., *Herejes luteranas en Valladolid. Fuego y olvido sobre el convento de Belén*, Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid y Universidad de Valladolid, 2020. ISBN: 978-84-16678-67-9.

DOI: 10.24197/ERHBM.8.2021.187-194.

CONTRA EL OLVIDO. LA AVENTURA DEL HÉROE

Herejes luteranas en Valladolid, publicado por el Ayuntamiento y la Universidad de Valladolid, es obra de una originalidad llamativa. No se trata, como podría pensarse, del clásico estudio de historia local. El subtítulo, *Fuego y olvido sobre el convento de Belén*, despeja esa posibilidad. Es mucho más, tanto que no resulta fácil de clasificar. El autor de esta reseña no conoce nada igual, ni siquiera parecido.

El estudio, centrado en el grupo protestante de Belén, se convierte en muchos momentos en análisis de las metamorfosis de un espacio, el que ocupó en su día aquel convento –desde hace más de un siglo, Colegio de jesuitas, y antes otras cosas llamativas-. Trata de la transformación y degradación de una ciudad que olvida su historia. Es sobre todo un intento de rescatar un panel del pasado vallisoletano y reivindicar a las víctimas del fuego inquisitorial.

Los autores forman también un tándem singular, y no sólo por la diferencia de trayectorias. Asunción Esteban es profesora de Historia Medieval en la Universidad de Valladolid, aunque su campo de investigación resulta bastante más amplio de lo habitual en el mundo académico. Sobre todo, y en relación al libro es imprescindible destacar su trabajo en los colectivos dedicados a la memoria, como investigadora, organizadora y animadora a partes iguales de algunas de las cosas más interesantes que se han hecho en este terreno. Manuel González es un autor polifacético, experto en materias tan alejadas como la teología y el urbanismo. En este campo, desde la experiencia política de gestión en el ayuntamiento de Valladolid como teniente de alcalde de Tomás Rodríguez Bolaños, en uno de los períodos claves en la historia del consistorio.

El libro posee una marcada voluntad de estilo que se manifiesta ya desde el título, un registro inusual en el mundo académico, de retórica muy marcada. Pone de manifiesto el compromiso de los autores con el texto. La edición, rica en ilustraciones, ayuda a la lectura. Las imágenes dan pistas reveladoras del laberinto urbano y teológico que se despliega por estas páginas. En la impecable edición sólo se echa de menos un índice de nombres. Ayudaría a orientarse en esta telaraña de lugares y personajes.

EL CONTENIDO

Precedido por un prólogo de Teófanos Egido, Cronista Oficial de la ciudad, el libro se divide en cinco apartados enmarcados por una introducción y un epílogo. Los apartados se titulan: “El nacimiento del Triángulo Místico (siglos XII al XV)”, “Historia del convento de Nuestra

Señora de Belén”, “El fuego de la intolerancia y las mil inquisiciones”, “La ciudad que pudo ser y no fue” y “El ocaso del triángulo Místico”. El trabajo se cierra con un amplio apéndice documental.

La primera parte se centra en los orígenes medievales del espacio en el que se inscribe el convento de Belén, el “Triángulo Místico”, cuyos vértices ocuparon el monasterio templario de San Juan y el convento cisterciense de Las Huelgas Reales, del que dependería el tercer vértice, Belén. Se aborda después el estudio del convento, su fundación, y el repaso de la vida conventual. La tercera parte, el centro de la obra, y no sólo por su posición, gira sobre el conflicto doctrinal que acabará con una parte de las monjas en el quemadero, tras el correspondiente auto de fé. Pero el texto no se limita a seguir la peripecia siniestra y a la vez fascinante, sino que explora sus raíces últimas en la Península y fuera de ella. Los dos últimos apartados, separados entre sí por la ruptura que provoca el proceso modernizador, tratan la decadencia de una ciudad que decidió olvidar la tragedia.

Pero este resumen sólo da una vaga idea de lo que es el libro. La obra no sólo cubre un enorme lapso de tiempo sino que abarca una variedad de temas prodigiosa. Por allí desfilan asuntos que van desde Homero a la inaudita bola de piedra que, desgajada de la historia, llora su desamparo. Es inevitable que tal vastedad de épocas y temas, nacida de una curiosidad sin límites y de una ambición intelectual que da vértigo, plantee dificultades de estructura. Sin embargo, el atrevimiento y, sobre todo, la voluntad que ha permitido culminar un proyecto tan desmesurado despierta el asombro y la admiración del lector ante el esfuerzo que adivina. Quizás ahí resida lo más admirable, el entusiasmo y el coraje de los que se alimenta esta empresa. En la presentación del libro, Asunción Esteban habló de *El viaje del héroe*, la aventura arquetípica, el estudio clásico de Joseph Campbell. La escritura de una obra de esta envergadura constituye una ceremonia de paso, la transformación del que sale de casa para enfrentarse al desafío imposible, el rito que le ha convertido en otro a su regreso. Volveré sobre la cuestión.

EL TÍTULO Y EL TEMA

Cuando en los seminarios de la universidad americana se discute sobre un libro es esencial fijar su *tema principal*, que muchas veces es menos evidente de lo que puede suponerse. Establecerlo suele ser una clave imprescindible de una correcta interpretación. El asunto suele centrar una parte importante del debate, que no siempre es tarea fácil. Tiende a ocurrir lo contrario. En el caso de *Herejes Luteranas* tampoco sería sencillo, al menos no lo ha sido para mí.

En general resulta conveniente diferenciar entre el tema *inicial*, el que ha dado origen al libro, y el tema *principal*. En ocasiones coinciden, pero otras, no. A veces el propio autor no es consciente de la diferencia, convencido de la trascendencia de lo que le llevó a escribir el libro. No advierte que su obra gira en realidad sobre otro asunto. El título suele proporcionar una pista útil. Sin embargo, *Herejes luteranas en Valladolid*, apunta más bien al punto de partida, al asunto que puso en marcha este libro. Quizás el subtítulo, *Fuego y olvido*, de otra clave de cuál sea la trama central que permite comprender mejor su sentido. A mi juicio, el tema clave es aquí *la memoria*, el papel del historiador, su compromiso con el pasado, con los vencidos y con el relato y la explicación de la derrota. El libro quiere rescatarlos, establecer un vínculo

con la vieja lucha, por la libertad y por la justicia. Se trata, como decía la Tesis sexta de Walter Benjamin, tantas veces citada:

... de aferrar una imagen del pasado tal como inesperadamente se le presenta al sujeto histórico en el instante del peligro ... Ha de intentarse, de nuevo, arrebatarse la transmisión al conformismo que está a punto de sojuzgarla. El mesías no viene sólo como redentor; viene como vencedor del Anticristo. El don de avivar en lo pasado la chispa de la esperanza reside sólo en aquel historiador que está penetrado de lo siguiente: ni siquiera los muertos estarán seguros si el enemigo vence. Y este enemigo no ha dejado de vencer¹.

Pero la lucha contra el olvido, por la memoria de los vencidos, no agota el núcleo de esta obra. El otro protagonista es la misma ciudad de Valladolid. *Herejes Luteranas* habla de lo que ocurre cuando una ciudad olvida una herencia admirable, cómo se degrada de forma irremediable. Quizás por eso la fórmula que desde el título invocaría el tema del libro podría ser una larga paráfrasis: *Fuego y olvido sobre una ciudad: La memoria de los vencidos y el papel del historiador*. No estoy proponiendo un nuevo título. Sólo trato de fijar el *tema*, y a la vez de entender por qué la lectura de este libro me conmovió como lo hizo.

HISTORIA Y MEMORIA

Durante siglos los historiadores han desconfiado de la memoria de forma expresa, sistemática y razonada. La prevención se remonta hasta el mismísimo Tucídides². Sin embargo, en los últimos cincuenta años todo está cambiando. La crisis postmoderna, el escepticismo, la desconfianza hacia la representación, hacia el carácter universal de la disciplina, han sacudido los cimientos de la historia. Sobre esa debilidad otras identidades -nuevas y viejas-, reivindican de nuevo la memoria, una memoria más para sí que para otros, que vendría a ocupar el espacio vacío de la vieja historia.

Sin demasiadas vacilaciones, los autores dan aquí el paso en favor de la memoria, pero intentan hacerlo en nombre de la historia. Llegan a afirmar con Todorov que sin la memoria “la historia en sí misma carece de sentido”. Una afirmación tan rotunda implica riesgos, pero de ellos extrae el libro algunas de sus mejores páginas.

Lo que me atrevería a reprocharles a los autores es que en el afán por hacer compatible memoria e historia no siempre retienen lo más vivo de la disciplina. Si se opta por una teología benjaminiana de la memoria, estorban ciertos elementos paleoacadémicos, como el apéndice documental o el aval de la autoridad competente, en forma de prólogo. No acaba de rimar con una toma de posición tan radical, como la inspirada por Todorov.

Por otra parte, hablar de *memoria* de hechos ocurridos hace más de cuatro siglos sólo puede entenderse en sentido metafórico, ¡pero atención!, las metáforas las carga el diablo. Si uno acaba creyéndose las puede escapársele el sentido histórico y desfigurar la representación del pasado:

.....

¹ Walter Benjamin, “Über den Begriff der Geschichte”, *Gesammelte Schriften* I-2, Frankfurt a.M., Suhrkamp, 1991, pg. 695, traducción de José Sánchez.

² Que investigaba una guerra de la que no sólo había sido testigo sino también protagonista. Sin embargo, no confiaba siquiera en sus propias impresiones, a causa de “la imperfecta memoria”, *Historia de la guerra del Peloponeso*, I, 22.

Las mil inquisiciones que la historia ha creado *son sola una y permanente* inquisición que intenta en cada instante disfrazar su horror polivalente³.

Si uno está convencido de esa tesis, ¿para qué escribir historia en sentido moderno? Justamente la historia surgió en el siglo XIX porque se dejó de creer en el supuesto de una identidad básica y permanente de los seres humanos, supuesto que había dominado hasta entonces la concepción del pasado. Se tomó conciencia de la diversidad esencial de las sociedades, sus instituciones, sus formas de vida, sus mentalidades, sus formas de amar, sus modos de represión, de autoridad, de legitimación del poder, ... A partir de ese postulado esencial –el sentido histórico–, se trató de conocerlas, comprenderlas y en el caso más optimista, explicarlas. Entonces surgió la historia en sentido moderno.

Pero además, la visión de los sujetos históricos como entidades siempre idénticas, el mal eterno –la opresión inquisitorial y sus aliados– y el bien perpetuamente acosado –quienes luchan por la libertad de conciencia, por la justicia, etc.– acerca el enfoque más a la teología que a la historia; mucho más a san Agustín que a Josep Fontana, por citar a un historiador que –me consta– los autores admiran. Es una elección legítima, pero problemática.

Un riesgo que amenaza cuando se da la espalda al sentido histórico es el peligro de anacronismos que desfiguren la imagen del pasado. Por ejemplo, el concepto de “*pensamiento único*” aplicado al lado inquisitorial de aquella sociedad. El problema no es sólo lo anacrónico de un concepto que no apareció hasta los últimos años del siglo XX, sino que su uso emborrona la singularidad de aquel mundo, su enorme diferencia con respecto al nuestro. Se desfigura así un contexto completamente distinto. Faltaban siglos para que apareciese la misma idea de opinión pública, de libertad de expresión o simplemente de pensamiento libre, supuestos necesarios para que la idea de *pensamiento único* cobrase sentido. Eso sin entrar en la contradicción intrínseca de un concepto que se aplica igualmente a la derecha por parte de la izquierda y a la izquierda por parte de la derecha, lo que lo vacía de cualquier utilidad que vaya más allá de la descalificación o el insulto.

Cuando uno se coloca bajo el imperativo de la memoria crece el riesgo de que se debilite la sensibilidad histórica, y no me refiero ahora a la posibilidad de incurrir en anacronismos, que no siempre son perversos; a veces poseen cierto poder heurístico, pero tratados *cum grano salis*, con infinito cuidado de no verse atrapados en las metáforas y perder el sentido de la distancia.

Hay otro peligro mayor, la pérdida del filo crítico en el manejo de los conceptos. Me centraré en una cuestión especialmente importante en este libro, el término *hereje*. Encierra el riesgo de verse atrapado en la construcción eclesiástica.

El primer gran apartado de la tercera parte (“La herejía como sedición política”) aborda la naturaleza de la herejía. La explicación está vinculada a *La guerra de los campesinos en Alemania*, como los autores subrayaron en la presentación de su libro. Siempre he sentido particular devoción por esta obra de Engels, dicho sea entre paréntesis. La situaría desde luego por encima del estudio de Ernst Bloch sobre Thomas Münzer, que también se cita. Estoy menos seguro de que Engels sea la guía ideal para comprender el luteranismo vallisoletano. La “herejía” que trastornó el Imperio Germánico en 1525 fue un fenómeno muy distinto, un estallido que puso en pie de guerra al campesinado junto a otros grupos sociales. Ciertamente

.....
³ *Herejes luteranas* ..., pg. 121. Cursivas, E.G.

el análisis de Engels, motivado fundamentalmente por el paralelismo con la revolución de 1848 en Europa⁴, es ejemplar, pero el compañero de Marx analizaba un conflicto de clases abierto y explícito que difícilmente puede trasladarse a las “herejes” de Belén.

En *La Guerra de los Campesinos* Engels intentaba explicar la causa de que un estallido revolucionario antifeudal debiera convertirse *necesariamente* en herejía:

Es evidente que todo ataque contra el feudalismo tenía que ser ante todo ataque contra la iglesia y que todas las doctrinas sociales y políticas revolucionarias tenían que ser al mismo tiempo y sobre todo, herejías teológicas. Para que las relaciones sociales existentes pudieran ser atacadas, había que privarles de su apariencia sacrosanta (*Heligenschein*)⁵.

Pero la historia de las *Herejes* vallisoletanas plantea problemas muy distintos, que suscitan preguntas diferentes, cuya respuesta no sabría encontrar en las páginas de Engels. Quizás hubiese sido necesario deconstruir el concepto mismo de hereje con la ayuda de otro tipo de autores, ¿Max Weber?; desde luego, la *historia conceptual –Begriffsgeschichte–*, como intentaré apuntar en lo que sigue.

HEREJES, QUÉ HAY EN UN NOMBRE

Conozco lo suficiente a los autores para que se me ocurriera pensar que en el *Herejes* del título asumen el significado que las leyes eclesiásticas siguen dando al sustantivo, y todo lo que implican. El *Código de Derecho Canónico* de 1983 define “hereje” como: “El bautizado que quiere conservar el nombre de cristiano, pero cuestiona o rechaza obstinadamente alguna verdad de la fé católica”⁶. Aquí hay un viejo truco de prestidigitación. Aunque suene paradójico, es la iglesia la que *crea* la herejía, porque sólo es herejía aquello que la iglesia declara tal. La herejía es una especie de fenómeno cuántico, una enfermedad que surge en el momento en que “el médico” la diagnostica. Aunque éste se empeñe en presentar supuestas pruebas que demostrarían la existencia de peligrosos virus en el enfermo, esos virus, sin embargo, como el gato de Schrödinger, solo aparecen en el momento en que el observador los dictamina. Sin ese dictamen no existe herejía. A su vez, para declarar una doctrina o una práctica contrarios a la ortodoxia, debe configurarse “una doctrina recta”, y ahí está la clave del asunto. La ortodoxia se ha creado a través de la denuncia de las *otras* doctrinas. El dogma se configuró en el tiempo y se hizo a golpe de exclusión.

Tampoco la *ortodoxia* se estableció de una vez por todas, sino que ha tenido siempre carácter histórico; por tanto, relativamente aleatorio. El desenmascaramiento de esta realidad fue obra de la crítica protestante en los dos últimos siglos; primero, la *Religionsgeschichtliche*

.....
 4 Engels escribe el libro pocos meses después, en 1850. Años más tarde, en el Prólogo a la edición de 1870 confiesa que le interesaba ante todo el paralelismo entre las dos revoluciones (“Los paralelismos entre la Revolución alemana de 1525 y la de 1848-49 saltaban a la vista por entonces, para dejarlos pasar por alto”, Friedrich Engels, *Der deutsche Bauernkrieg*, en *Marx und Engels Werke*, Berlin (Ost), Dietz Verlag, 1960, vol. VII, pg. 532). Le preocupaba menos el estudio histórico del estallido del siglo XVI. En ese aspecto se limita a seguir la monografía de Wilhelm Zimmermann, *Der große deutsche Bauernkrieg*, publicada unos años antes.

5 Engels, *op. cit.*, pp. 343-44.

6 “Dicitur haeresis, pertinax, post receptum baptismum, alicuius veritatis divina et catholica credendae denegatio, aut de eadem pertinax dubitatio”, *Codex Iuris Canonici*, canon 751.

Schule; más adelante, la *Formgeschichte*. La deconstrucción culminaría en la obra de Walter Bauer *Ortodoxia y Herejía en el Cristianismo Primitivo*⁷, la refutación final del mito de que la “ortodoxia” estuvo ya desde el principio y la herejía habría aparecido como *desviación* de esa norma. Bauer demostró que al comienzo existía completa diversidad.

La ortodoxia no es algo eterno, fijado para siempre, sino una construcción que se configuró en un largo proceso histórico y teológico. Del conflicto con otras doctrinas emergió lo que acabó siendo un canon, un dogma, una jerarquía, una práctica. Desde ese edificio se iba a definir la herejía. Ésta actuó como *el otro* necesario que permitía deslindar la ortodoxia, en un movimiento similar al que Michel Foucault identificó en el par razón-locura en su *Historia de la locura en la época clásica*⁸, un modelo analítico extraordinariamente fructífero, que se ha aplicado con eficacia a los asuntos más diversos, tanto por el mismo Foucault como por sus innumerables continuadores.

La etimología del término es reveladora, más allá de *Las siete partidas*, cuya definición repite la construcción eclesiástica. Originalmente “herejía”, “hereje” significaban algo diferente. El término procedía del verbo griego *aireo* (αἰρέω), “prender, “coger”, “asir”, y de ahí, “coger con la mente”, es decir, “comprender”; más adelante, “elegir”. “Herejía” significaba elección de unas ideas o de un grupo asociado a ciertas ideas. Así se utiliza en los Evangelios, sin ningún carácter peyorativo. Designa a las distintas comunidades de creyentes dentro del judaísmo, como saduceos o fariseos; incluso se aplicaba a los mismos cristianos. Sólo a partir de algunas epístolas de San Pablo que asocian el término a la división que provocaban las divergencias doctrinales, *hereje* adquiere carácter peyorativo. Más adelante, a medida que se consolidaba la ortodoxia, se acentuó la hostilidad al *hereje*. Con Teodosio y la conversión en religión de estado la herejía se transformó en delito contra el orden político⁹.

Pero detrás del concepto de herejía ha estado siempre el de ortodoxia, que en última instancia necesita de aquella como de un lado *oscuro* que la permite definirse. Incluso el protestantismo, que sostenía la doctrina del “libre examen”, no romperá con la idea de herejía.

Más allá de estos desacuerdos, y más allá de la admiración que despierta el entusiasmo de unos autores que despliegan un compromiso de un rigor sin fisuras, hay algo extraordinario en este libro. Quizás lo que más me haya interesado sea el modo en que exploran la relación entre espacio y memoria. Hay un vínculo esencial entre ambos. Un lugar se carga de los acontecimientos que allí han sucedido, adquiere así un aura peculiar. Los sucesos, repetidos a lo largo de los años van dejando una huella profunda. Se advierte en los viejos edificios donde se han acumulado sucesos vividos con intensidad. En una iglesia, un hospital, una comisaría, un teatro, un cementerio se respira un aura cargada de memoria. Por eso cuando los espectáculos teatrales se sacan de los escenarios habituales y se llevan a ese tipo de lugares se alcanzan a veces resultados prodigiosos. Hace unos años una compañía francesa *KompleXXkapharnaüm*

.....
7 *Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum*, Tübingen, 1934 (traducción inglesa Walter Bauer, *Orthodoxy and Heresy in Earliest Christianity*, Sigler Press, 1996, que puede consultarse en internet). La aparición posterior de los textos gnósticos de Nag Hammadi confirmaría sus tesis.

8 México, Fondo de Cultura Económica, 1979, 2 vols. (1ª ed. Francesa, 1961).

9 Una de las curiosidades de la historia del término en castellano: aquí no llega desde el latín eclesiástico *haeresis* o desde el latín tardío *haereticus*, sino desde el provenzal *eretge*, lo que pone de manifiesto el impacto que debió tener la herejía cátara (Joan Corominas, *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Madrid Gredos, 1984, vol. III, G-MA, pg. 344). Aún más claro es el caso alemán, donde el término más común para referirse a *hereje*, *Ketzer*, proviene directamente de *Katharer*, “cátaro”.

desarrolló algo extraordinario sobre esa idea, *Playrecord*. Buscó en distintas ciudades de Europa espacios hoy abandonados que hubieran tenido antes un intenso uso, como una estación, una fábrica, una cervecería, ... En Valladolid eligió la vieja Estación de Ariza, y la experiencia resultó inolvidable¹⁰.

LA AVENTURA DEL HÉROE

Otro de los rasgos atractivos de este libro es la reflexividad de los autores, la atención al sentido de su trabajo: qué quieren hacer, qué están haciendo, qué camino han recorrido, hacia dónde se dirigen. No se conforman, como es habitual, con dar ese sentido por supuesto. Tratan de entenderlo más allá del valor que la rutina académica concede a la investigación, desde la confianza irrisoria en una historia que crecería por la simple adición de documentos y monografías. Pocas actitudes más saludables –y menos comunes– que preguntarse adónde queremos dirigirnos y adónde nos dirigimos, qué representa lo que hacemos.

En la presentación del libro el día que se cumplían 461 años exactos del auto de fé, Asun Esteban recurrió a Joseph Campbell y su *aventura del héroe*, para explicar el significado de su propia aventura, el *monomyth* del viaje arquetípico:

A hero ventures forth from the world of common day into a region of supernatural wonder: fabulous forces are there encountered and a decisive victory is won: the hero comes back from this mysterious adventure with the power to bestow boons on his fellow man¹¹.

Como al héroe de Campbell a los creadores de *Herejes luteranas* el estudio les había planteado dificultades sin cuento, incluida una pandemia final. Conseguir terminar el libro había tenido algo de aventura que les había llevado hasta el límite de sus fuerzas. La tarea los había empujado a una *region of supernatural wonder*, el *triángulo místico* donde en otro tiempo operaron *fabulous forces*. Como el héroe, regresaban de la aventura con *power to bestow boons*, como este libro y todo lo que da al lector.

La obra de Campbell se inscribe en una línea por la que desfilan entre otros los nombres de Otto Rank, Vladimir Propp, C.J. Jung, René Girard, aparte de la influencia decisiva de Van Gennep, que el mitólogo no se cansa de destacar. Pero quizás sea Otto Rank quien de estos autores dio el impulso, no sé si decisivo, pero sí el más interesante, por todo lo que revela sobre el significado profundo, no ya del héroe, sino del relato que lo crea, todo lo que puede esconder la escritura de un libro.

En su etapa de fiel seguidor de Sigmund Freud, con quien acabaría rompiendo, Otto Rank escribió una de las páginas más brillantes de la historia del psicoanálisis: *El mito del nacimiento del héroe*¹². Jung y Campbell la aprovecharían, dándole su propio sesgo. Rank había intuido que el héroe no es sólo el vencedor del dragón, sino, sobre todo, quien crea esa historia y al contarla vive la aventura de forma vicaria. Lo hace sin arrostrar, no sólo el peligro de los dragones, sino

.....

¹⁰ Lo analizo en Enrique Gavilán, "Ruina y Memoria", *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXIV 731 mayo-junio (2008) pp. 551-559.

¹¹ Joseph Campbell, *The Hero With a Thousand Faces*, Princeton University Press, 2004 (primera edición, 1948).

¹² Otto Rank, *The Myth of the Birth of the Hero A Psychological Interpretation of Mythology*, The Journal of Nervous and Mental Disease Publishing Company, 1914 (1ª edición alemana, 1909).

sobre todo, el impulso secreto que mueve al héroe, la relación con los padres, transmutados en dioses, guerreros, dragones o princesas, es decir, la pulsión del homicidio y del incesto.

Jung conservó la idea, pero reinterpretó el impulso. La aventura del héroe no se relaciona con los padres, como en Rank-Freud. El conflicto al que, según Jung, se enfrenta el *ego* es el descubrimiento y el encuentro con su otro lado, el inconsciente y sus demonios:

En Jung y Campbell, el mito se origina y funciona no, como en Freud y Rank, para satisfacer impulsos neuróticos que no pueden manifestarse abiertamente sino para expresar aspectos normales de la personalidad que no han tenido oportunidad de realizarse¹³.

Para Rank el creador del mito consigue vivir en su mente una aventura que afecta de lleno, pero de forma secreta, a las relaciones inconscientes con los padres. Sin embargo, para Campbell (y Jung) lo que vive mentalmente de forma vicaria el creador del mito es una aventura que incluso plenamente vivida -y no vicariamente- tendría lugar también en la mente. Son aspectos de ésta lo que el narrador del mito descubre y encuentra.

En todo lo anterior también yo he escondido hasta ahora una carta que está muy presente en la explicación Rank-Jung-Campbell, la carta que me ha hecho traer hasta aquí a tan ilustres invitados. En la aventura del héroe no hay sólo dos figuras, el héroe -real o hipotético- y el narrador bien real que crea su historia y al hacerlo la revive en sí mismo. Hay una tercera figura, la razón de este rodeo, quizás demasiado largo: el lector. Éste vive también de forma vicaria el viaje del héroe. También él sale transformado de la aventura, que le ha permitido vivir sus pulsiones o encontrarse -y quizás reconciliarse- con su propio lado oscuro. No otro es el origen del placer que se experimenta en las lecturas “que nos atrapan”.

He ahí lo que ofrece el libro a quien quiera enfrentarse a este viaje. A mi me ha ocurrido. El convento de Belén ocupaba el espacio del Colegio San José. Allí viví once años decisivos, entre los seis y los dieciséis. Ferlosio decía que uno es de donde ha hecho el bachillerato. Probablemente no exista ningún otro lugar que haya configurado con tanta fuerza el paisaje de mi alma. Todavía sigue apareciéndome en sueños. Quizás este libro esconda el secreto de ciertas pesadillas.

Enrique Gavilán Domínguez.
Universidad de Valladolid.
c.e.: egavilan@fyl.uva.es.

.....
13 Robert A. Segal, “Heroes”, en Lindsay Jones (ed.), *Encyclopedia of Religion*, Nueva York, Macmillan, 2005, vol. VI, pg. 3.959.